

LA PUERTA DEL DESTINO

Los Hijos de los Dioses III

Paula de Vera

NO COPIAR

© 2020, Paula de Vera
Cubierta: Alexia Jorques

NO COPIAR

NO COPIAR

Para Juanjo, allí donde estés.

NO COPIAR

“Aragorn desmontó y de pie junto a la Piedra, gritó con voz potente: —Perjuros ¿a qué habéis venido? Y se oyó en la noche una voz que le respondió, desde lejos: —A cumplir el juramento y encontrar la paz. Aragorn dijo entonces: —Por fin ha llegado la hora. Marcharé enseguida a Pelargir en la ribera del Anduin y vosotros vendréis conmigo.”

“EL SEÑOR DE LOS ANILLOS III: EL RETORNO DEL REY”. JRR TOLKIEN.

NO COPIAR

PRÓLOGO

El joven aspiró de nuevo el aroma del mar que rompía sobre las rocas. El puerto estaba casi desierto a aquellas horas, a pesar de ser uno de los pocos momentos del día en que el calor del sol desterraba apenas los rigores del crudo invierno en el que se había visto envuelto Ávalon aquel último año. Su capa azul cielo ondeó tras su espalda mientras se aproximaba al borde del muelle y miraba al horizonte; reflexionando, una vez más, sobre el cometido que se presentaba ante él.

La silenciosa figura de su maestra se perfiló entonces tras su espalda, sobresaltándolo. La pálida túnica multicolor que vestía contrastaba con su piel color café, pero sus ojos claros desterraban cualquier posible asomo de calidez en su presencia. El muchacho se volvió muy despacio y la encaró sin violencia.

—Es la hora —adivinó.

Ella asintió.

—Ya no puedo enseñarte más, mi pequeño jilguero —suspiró, resignada—. Debes partir y cumplir con tu destino — media sonrisa asomó a la comisura de sus labios—. Son muchos los que lo esperan.

Él tragó saliva y apartó la mirada, súbitamente acobardado. No necesitaba que le recordasen la responsabilidad que acarrea sobre sus espaldas, ya era suficiente con sentirlo a cada paso que había dado a lo largo de su vida en el templo. Aquellas miradas escrutadoras..., todos aquellos susurros disimulados tras las columnas atestadas de jeroglíficos...

Su maestra pareció percibir que algo no iba bien porque, de un momento a otro, se aproximó y le colocó las manos sobre los hombros.

—Lo harás bien, novicio. —Una sonrisa sincera apareció por primera vez en su rostro—. Confío en ti.

El muchacho sonrió a su vez.

—Gracias, mi señora.

Ella se apartó sin brusquedad y alzó la vista. El joven siguió la dirección de su mirada y se estremeció sin quererlo. El barco que debía tomar hacia Puerto Calea se aproximaba.

NO COPIAR

UN NUEVO ASPIRANTE

Marco observaba pensativo por la ventana, admirando cómo el invierno se iba cerniendo sobre los árboles que rodeaban el edificio en el que se encontraba. Las hojas caducas, marchitas, ya hacía tiempo que habían caído al suelo y el viento las había barrido; mientras que las orgullosas coníferas se alzaban entre los pálidos esqueletos de madera que aquellas dejaban atrás. La escarcha de la mañana aún cubría algunos parabrisas y los alféizares de algunas ventanas, pero el hombre sabía que solo era cuestión de tiempo que desapareciese; en cuanto asomase el sol por el horizonte, el hielo se convertiría en agua y después el calor la evaporaría. Así era el ritmo de las cosas.

Reprimiendo un bostezo que pretendía despejarlo de sus bucólicos pensamientos, bajó la vista de nuevo con desgana hacia los papeles que había comenzado a hojear unos minutos antes, en cuanto había llegado a trabajar. Pero cuando unos cálidos brazos rodearon su cuello, desistió sin demasiado esfuerzo y cerró los ojos con deleite, echando la cabeza hacia atrás.

—Buenos días —dijo una voz femenina de contralto sobre su pelo, justo antes de que sus labios se uniesen—. No te he oído irte esta mañana.

Marco rio por lo bajo, no sin cierta amargura, mientras Cora bajaba la cabeza para ponerla a la misma altura que la de su marido y trataba de encontrar sus iris azules, sin resultado.

—He pasado una mala noche —confesó él ante su muda pregunta, sin mirarla directamente.

Cora suspiró, rodeó la silla donde estaba sentado y se sentó sobre sus rodillas con una sonrisa pícaro en los labios.

—Pues... tal y como te vi caer rendido, cualquiera lo diría —bromeó, tratando de quitarle hierro al asunto.

No soportaba verlo tan abatido. Marco sonrió a medias, algo divertido por aquella afirmación del todo verídica, pero de inmediato se puso serio y Cora lo notó. Despacio, le tomó la barbilla con un dedo y lo obligó a levantar la cabeza.

—¿Qué te preocupa? —preguntó con dulzura—. Ya sabes que no me gusta que me ocultes cosas...

Él respiró profundamente y rodeó su cintura con el brazo antes de responder.

—No lo sé, la verdad —confesó en voz baja, mirándola a los ojos—. Y te juro que no trato de esconderte nada. En realidad, bueno... todos mis quebraderos de cabeza pueden resumirse en que las finanzas de la discográfica no van bien. Y los aspirantes que tenemos... En fin...

Acompañó sus últimas palabras con un gesto de frustración propio de él como era pasarse la mano por el pelo. Cora siguió con los dedos ese mismo recorrido antes de juntar su frente a la de él; a pesar de que alguna cana y unas entradas muy ligeras denotaban sus casi cuarenta años, lo cierto es que Marco había conservado gran parte de su abundante cabellera rubia y rizada.

—Quizá el de hoy sea prometedor —intentó animarlo—. ¿No será eso lo que te ha quitado el sueño hoy? —inquirió acto seguido, con una ceja arqueada.

La risa sarcástica de Marco la hizo levantar la cabeza de golpe, sorprendida y algo irritada. Cuando su esposo se ponía

imposible... Pero antes de que pudiese decir nada, este lo hizo por ella.

—Puede que en parte sí, pero vamos... Creo que ya me conformo con que sepa lo que es una guitarra española, eso te lo garantizo —aseguró y, al comprobar que la mueca de ella se suavizaba, le acarició la mejilla con cariño—. No me interpretes mal, mi amor. Pero reconocerás que la música de hoy en día... No es lo que era en nuestra época. Y me resisto a conformarme con lo que hay... —Alzó las manos al techo con impotencia mal disimulada—. Quiero... Algo mejor.

Cora tenía que admitir que Marco tenía razón. Ella deseaba lo mismo que él; pero, en este caso, no se dio por vencida. Tenía una corazonada: el candidato que tenía que acercarse a hacer la prueba en directo aquella mañana parecía que de verdad sabía lo que hacía. O, al menos, eso demostraba su humilde maqueta.

Queriendo repasar los detalles de la misma por si alguna flaqueza del aspirante que su marido hubiese llegado a detectar se le había escapado, la mujer alargó la mano despacio y cogió un pliego de papeles que había sobre el escritorio, evaluando su contenido con atención.

—Este al menos viene recomendado —murmuró al fin, cuando terminó de repasar su currículum artístico y los detalles de la grabación, así como las anotaciones que había garabateado Marco tras escuchar la maqueta.

Él era el productor ejecutivo, el encargado de revisar el material y dar su veredicto. Pero Cora suponía que, en este caso, su marido ya estaba tan quemado de escuchar a solistas y grupos de medio pelo que no había contemplado un diminuto pero cru-

cial detalle. Por lo que, al ver la mirada perpleja que le dirigía Marco, aclaró con una sonrisita irónica:

—Si tu hija y tu sobrina opinan que este mozo tiene talento y potencial... ¿No deberíamos darles un voto de confianza?

Entonces sí que la sincera carcajada de Marco resonó por todo el estudio. Pero no estaba molesto y Cora lo supo al instante; sobre todo cuando, con infinito amor, el productor de Black Records la besó en los labios durante un minuto entero para, tras separarse, murmurar junto a su oído en tono burlón:

—Dime si tú y yo a su edad teníamos criterio musical... Y dejaré de poner objeciones.

Sandra alzó la cabeza al oír el timbre, pero tardó unos segundos de más en levantarse a abrir. Sin saber por qué, no se sentía con fuerzas para ver a más candidatos con ganas de hacerse un hueco en el mundo de la música a cualquier precio. Porque, ¿era tanto pedir que los aspirantes que enviaban sus maquetas fuese gente responsable y de verdad supiesen lo que hacían? Ciertamente era un negocio bastante lucrativo y que si se te daba bien podías llegar lejos. Pero una cosa era eso y, otra, tratar de tomarles el pelo. Por ahí no iba a pasar.

El timbre sonó de nuevo, sin insistencia, antes de que la cabeza morena de Ray se asomara desde el despacho más cercano.

—Cielo, ¿no abres? —le preguntó a su esposa al ver que esta se mantenía sentada en su sitio, mirando la puerta con fijeza.

Ray siguió la dirección de sus iris claros para, acto seguido, volver a mirarla y suspirar.

—Cariño, seguro que esta vez será diferente —alegó, mientras daba un paso fuera del despacho y se situaba junto a ella, apoyando una mano en su hombro.

Pero, al comprobar que Sandra no iba a moverse de la silla por el momento, el hombre sacudió la cabeza con derrotismo antes de aproximarse él mismo para abrir.

—Hola —saludó al joven que esperaba fuera—. Tú debes de ser Ronnie...

El muchacho sonrió con alivio.

—Sí, soy yo —afirmó con cordialidad y un ligero acento extranjero, mientras extendía una mano para que Ray la estrechase—. Gracias por esta oportunidad, en serio... Les prometo que no les defraudaré.

El hombre moreno sacudió la mano para quitarle importancia.

—Si nos quedamos aquí nunca lo sabremos —le guiñó un ojo, truco infalible de camaradería que había desarrollado con los años y que parecía dar confianza a casi todos los que pasaban por el estudio—. Así que, por favor, pasa. No te quedes ahí en el rellano... —el chico traspuso el umbral, obediente, al tiempo que Ray se volvía hacia la recepción—. Mira, te presento: esta es...

—Sandra Ramiro, responsable de *marketing* y relaciones públicas de la empresa —se adelantó su esposa antes de que Ray pudiese decir nada.

Ahora la mujer lucía una sonrisa de oreja a oreja, nada que ver con la mueca de cansancio que mostraba unos minutos antes;

por lo que su marido decidió no ahondar en ello y enseguida guio al aspirante a solista hacia el interior de la discográfica.

De todas formas, pensaba mientras tanto, ya hablarían los cuatro de todo aquello. Sabía que la situación de la empresa no era ninguna maravilla, pero aun así... Debían aclararse algunas cosas. Si se dejaban llevar por el desánimo, acabarían perdiendo todo por lo que llevaban luchando desde los diecisiete años y no estaba dispuesto a permitirlo. Ahora tocaba hacer una prueba a un nuevo candidato a entrar en el sello.

Cierto que la maqueta había sido bastante prometedora y, por primera vez en casi dos años de andadura fuera de los escenarios, dedicados solo a sacar adelante a nuevos talentos –o a intentarlo, al menos–, esperaban no equivocarse al apostar por él; pero era innegable que la tensión se palpaba en el aire. Aún tendría que demostrar su valía en directo. Y lo peor de todo era que, esta vez, el futuro empresarial de Black Records podía depender única y exclusivamente de ello.

La puerta de la sala de mezclas estaba entreabierta y se escuchaban risas al otro lado. Ray puso los ojos en blanco, maldiciendo para sus adentros; pidió a su acompañante que esperara un segundo mientras entraba en la habitación y, acto seguido, cerró la puerta con fuerza a sus espaldas.

Como imaginaba, los labios de sus dos compañeros se separaron de inmediato: Cora pegó un salto y Marco echó la silla hacia atrás, teniendo que sujetarse a la mesa que tenía detrás para no caerse a causa de la inercia.

Ray arqueó una ceja inquisitiva e irónica a partes iguales mientras los otros dos se ruborizaban de manera conveniente y apartaban la mirada. Su mejor amigo, por otro lado, se acercó con

parsimonia y se apoyó de brazos cruzados en la pared de su izquierda.

—En serio: no puedo creerme que no hayáis cambiando nada en diecisiete años... —los amonestó—. ¿Cuánto hace? ¿Tres horas que os acostasteis por última vez?

—No seas malo, Ray —lo regañó Cora con dulzura, ya repuesta del susto y haciendo caso omiso del tono enfadado de él—. Sabes que es nuestra naturaleza, no podemos evitarlo...

—Sí, lo sé—repuso el director de la discográfica, enfurruñado—. Pero nuestro próximo aspirante a estrella del pop... O de lo que quiera ser... No tiene por qué saberlo, ¿no crees?

La reacción en sus dos interlocutores no se hizo esperar. Cora abrió unos ojos como platos mientras se recomponía el vestido a toda prisa. Marco se levantó de un salto, se colocó la camisa en su sitio, se echó un rápido vistazo en el reflejo del cristal que daba a la salita de grabación e inspiró hondo.

—Hazle pasar. Estamos listos.

Ray asintió, conforme, un segundo antes de abrir la puerta de nuevo para dejar pasar a Sandra y a Ronnie al interior, no sin antes dirigirles una mirada severa a Marco y a Cora. Algo que quería reiterar su mensaje anterior:

«Andaos con cuidado».

Y en más de un sentido.

Hacía dos horas que Ronnie se había ido y Sandra estaba tentada de darle al *play* de nuevo, pero la rápida mano de Cora se lo impidió con suavidad.

—Creo que ya lo hemos oído bastantes veces —objetó con una voz baja y algo temblorosa.

Su compañera tragó saliva y obedeció muy despacio. Cora comprobó que la misma mirada que Sandra mostraba se replicaba en los rostros de Marco y Ray. Así como, probablemente, en el suyo propio. Los cuatro estaban sentados en sendos sillones de piel en la sala de mezclas y acababan de escuchar, por décima vez, la grabación de aquella mañana.

—No lo puedo creer... —musitó Marco.

—Ni yo —corroboró Ray.

El enfado de este último con sus dos compañeros había desaparecido como por ensalmo después de escuchar al joven aspirante, lo cual ambos agradecían en silencio a la vez que trataban de recuperarse de la sorpresa. Como si despertase de un sueño, Cora suspiró; bajando de nuevo la vista hacia el monitor donde parpadeaba el nombre de archivo de la última pista grabada.

—Por lo visto, sí que sabía lo que era una guitarra... —apostilló con ironía mirando a Marco de reojo.

Este le devolvió una mirada cómplice que Ray y Sandra no entendieron.

—Y tanto Irene como Ruth tienen criterio musical —completó, sonriendo.

Sandra los miró de manera alternativa, aún aturdida.

—Bueno... Entonces... —empezó, pero las palabras no terminaban de salir de su garganta.

Ray, viendo su estado, la tomó por la cintura con cariño y depositó un suave beso en sus labios.

—Sí —afirmó en un susurro—. Está claro que, con este chico, los problemas de Black Records se van a terminar de una

vez por todas. —Besó de nuevo a su mujer con algo más de energía y, acto seguido, sonrió a la otra pareja con alegría—. Chicos, compañeros, amigos: brindemos. Porque a partir de hoy, seremos lo que siempre quisimos ser.

NO COPIAR

NO COPIAR

TODO ES MENTIRA

La nieve caía con cierta pereza al otro lado del cristal mientras Ruth la contemplaba, con el aburrimiento pintado en el rostro. A la vez que la maestra Morales se explayaba con los detalles de la importancia de una buena concentración a la hora de conjurar fenómenos meteorológicos complejos, la mente de la rubia joven divagaba más allá de los cristales. Al menos, hasta que un diminuto hilo de agua heladora empezó a caer sobre su coronilla. La muchacha se incorporó entonces, a la velocidad de un resorte, mirando a su alrededor a la vez que se sentía enrojecer; sobre todo, en cuanto comprobó que todos sus compañeros la miraban con mal disimulada hilaridad.

Ruth giró entonces el cuello para encarar la severa mirada de Layla Morales, Consejera en la Escuela de Madrid de la Casa de Urano y supervisora de la mayoría de las clases teóricas de Elemento Aire que se impartían en aquella. La otra maestra habitual de Aire, Andrea Linares, trabajaba más en el Departamento de Seguridad y Espionaje, pero Ruth echaba de menos sus clases. Siempre eran una aventura y debía admitir, como hacía la señorita Linares, que ella era una alumna aventajada. De ahí que las clases de Layla, por otra parte, se le hiciesen eternas.

Sin embargo, los iris oscuros de su maestra auguraban un castigo mucho más largo que cualquiera de sus lecciones.

—Ruth... —pronunció despacio—. Puedo preguntar, ¿qué es eso tan interesante que atrae tu atención al otro lado de la ventana?

Ruth tragó saliva con fuerza. Otra cosa que la intimidaba de Layla Morales era su capacidad para hacer sentir pequeños e insignificantes a todos sus alumnos con apenas una frase.

—Estaba... Yo... Esto... —balbuceó antes de cerrar los ojos, respirar hondo y tratar de serenarse—. Quería comprobar si era capaz de intensificar la ventisca, si usted me entiende... —Y, al ver cómo los ojos de su maestra se entrecerraban en un gesto mezcla de irritación y suspicacia, se apresuró a aclarar—. Ahora mismo no hay nadie en el patio y sería una buena práctica...

La muchacha calló, consciente de que había cometido un error, en cuanto Layla se incorporó; apartándose del enorme escritorio en el que se había apoyado para dar la lección y aproximándose a ella con paso lento. Cuando llegó a su altura, Ruth la miró como un conejillo asustado.

«Porras», se maldijo, «¿es que no eres capaz de mantener la boca cerrada?», se recriminó.

Pero la expresión de Layla ahora no era de enfado; sino, más bien, de amable invitación a levantarse.

Ruth tomó su mano como a cámara lenta y se puso en pie.

—Vamos a ver, Ruth. —La aludida tragó saliva—. ¿Puedes explicarme cómo pretendías realizar un conjuro de la Casa de Urano siendo una Hija de Mercurio, Virgo y de mayor ascendente Tierra que Aire para más señas? Más aún, ¿sin prestar ni la más mínima atención —la maestra recalcó a propósito las cinco últimas palabras— a la lección que instruye sobre ello y que estaba impartiendo hasta hace apenas unos segundos?

La acusación era bastante fuerte pero la muchacha, en vez de someterse y aceptarla, apretó los labios con el desafío propio de sus diecisiete años. Odiaba verse reprendida delante de toda la

clase y aquel tono mitad burla, mitad reproche que estaba utilizando su maestra, la sacó definitivamente de sus casillas. Cierto que había nacido en una de las dos Casas Mixtas Tierra-Aire, con más ascendencia del primer Elemento que del segundo, pero todos los alumnos alumbrados bajo los signos de Tauro, Géminis, Virgo o Libra estudiaban conjuros de ambos poderes, tratando de desarrollar su doble potencial lo máximo posible.

Por ello, sin un ápice de arrepentimiento, la joven clavó sus iris oscuros en los de su maestra y vocalizó muy despacio, convencida:

—Porque sé que puedo.

Sin embargo, Layla no pareció amedrentarse, aunque Ruth creyó vislumbrar un destello indefinido cruzando por sus ojos oscuros antes de que la mujer se volviese de nuevo hacia la clase.

—Vamos todos a la azotea —indicó entonces la Hija de Urano, ignorando de forma deliberada el escalofrío que recorría a la alumna que tenía detrás mientras se giraba para enfrentarla de nuevo—. Quiero comprobar si vuestra compañera es realmente capaz de hacer lo que dice con tanta seguridad.

Ruth se dio cuenta entonces de que había cometido un gravísimo error y que había metido la pata hasta el fondo. Por ello, trató de retroceder.

—¿Y... si no soy capaz? —preguntó de pronto.

Al fondo de la clase se escucharon algunas risitas burlonas que la joven se esforzó en ignorar mientras mantenía la vista clavada en su maestra. Pero Layla alzó la barbilla sin desdén desde su corta estatura y se limitó a devolverle la mirada con tranquilidad.

—Has dicho que podías —le indicó, al tiempo que Ruth creía volver a ver aquel peculiar destello en sus ojos—. Así que quiero que lo demuestres. Y si no puedes... Bueno, veremos qué hacer para asegurarnos de que no vuelves a distraerte en mis clases —susurró junto a su hombro antes de darle la espalda y encaminarse hacia la puerta.

A un gesto de Layla mientras avanzaba, todos los demás alumnos se fueron levantando y la siguieron al exterior. Ruth se quedó un segundo clavada en el sitio, sin saber muy bien qué hacer ni cómo salir de aquel embrollo. Pero entonces, un leve empujón de Beatriz Sainz, su mejor amiga e Hija de Venus de ascendente Libra, que se sentaba en el pupitre contiguo, la devolvió a la realidad.

—En vaya lío te has metido... —la amonestó la otra chica, preocupada, pero después la observó con sus ojos marrones entrecerrados—. ¿En serio querías hacer lo que has dicho?

Ruth suspiró y puso los ojos en blanco.

—Claro que no —murmuró en su oído—, pero sabes que no puedo con estas clases —se encogió de hombros con abatimiento—. No sé, es como si...

Sacudió la cabeza con fuerza, sin saber cómo expresarlo, pero Beatriz la conocía demasiado bien.

—Que esto se te queda pequeño, ¿no es cierto? —completó con una sonrisa alentadora, a la vez que se pasaba un mechón de pelo claro por detrás de la oreja—. Ruth, mírame —le pidió. Cuando su amiga lo hizo, Beatriz le puso una mano en el hombro y clavó en ella una mirada decidida—. Todas tenemos sueños y todas queremos llegar a ser grandes brujas y poder velar por la Humanidad como llevan haciendo generaciones antes que

nosotras. No te frustres... —le recomendó—. Solo nos queda este año, intentemos aprovecharlo.

Ruth sonrió a su vez con cariño, relajada casi sin quererlo por el suave influjo del poder de la muchacha y la abrazó con fuerza.

—Tú sí que eres una amiga...

—¡Ruth!

Layla ni siquiera había alzado la voz, pero gracias a sus habilidades de comunicación, la joven la escuchó sin problema. Por lo que, derrotada, se limitó a mostrar su disgusto en una mueca poco favorecedora para sus delicados rasgos antes de, obediente, separarse de su amiga y trotar hacia el pasillo donde su profesora las esperaba.

Sus compañeros ya habían subido por las escaleras del fondo del mismo hacia el tejado, solo faltaban ellas dos. Ruth inspiró con fuerza por la nariz antes de poner el pie en el primer escalón.

«Allá vamos».

En la azotea del pequeño aulario de la Escuela, el viento soplaba más de lo que parecía visto desde el otro lado de las ventanas, al calor de las aulas. A medida que iban saliendo por la gran trampilla, los alumnos iban tornando sus expresiones de aburrimiento en otras de disgusto y desagrado, las cuales se acentuaron cuando la rubia cabeza trenzada de Ruth apareció por el oscuro hueco abierto en el tejado. La muchacha trató de ignorar las miradas reprobatorias de sus compañeros, a la vez que se arrebujaba en su capa con forro de lana y seguía obedientemente a Layla Morales hasta el borde del tejado. Una vez allí, la maestra indi-

có a los demás que se acercasen y, cuando estuvieron todos reunidos alrededor de Ruth, la maestra alzó la voz.

—Alumnos, aquí tenéis una compañera que se permite el lujo de desatender en las clases porque se considera lo bastante poderosa como para controlar los fenómenos meteorológicos a su antojo. Cosa que solo los Hijos de Urano pueden hacer sin conjuro ni esfuerzo —se volvió hacia su alumna—. Así pues, Ruth, muéstranos lo que sabes hacer.

La joven respiró profundo y alzó las manos. Sabía que lo que Layla decía era cierto. Una Hija de Mercurio de ascendente Virgo como ella no debería ser capaz de hacer aquello. Era de lo más difícil, cuando no imposible sin un esfuerzo máximo de concentración por parte de los magos que no habían nacido con los dones adecuados. Y ella se había tirado el pisto diciendo que era capaz de hacerlo sin que nadie se lo enseñara...

“Maldita seas, Ruth Álvarez”, se reprochó para sus adentros mientras cerraba los ojos para concentrarse. El conjuro para arreciar la nieve se había explicado en clase, pero ella apenas había prestado atención.

Sin embargo, apenas lo deseó, los fríos copos empezaron a revolotear a su alrededor con fuerza. En un instante, Ruth se obligó a abrir los ojos a la vez que intentaba mantener la capa cubriendo su cuerpo y sus compañeros comenzaron a gritar al sentir cómo el viento se colaba bajo su ropa. Beatriz, por su parte, se abrazó a Ruth como si fuese la única de los presentes capaz de mantenerla a salvo.

Pero todo cesó con un simple gesto de la única adulta que se encontraba allí. La cual, cuando sus alumnos se hubieron recuperado del susto, se aproximó con lentitud a Ruth. Esta observó

con cierta sorpresa y orgullo mal disimulado cómo las manos de su maestra temblaban apenas, tan pálidas como su rostro. Y allí estaba: otra vez ese extraño reflejo. Ruth se preguntó de nuevo qué podría significar a la vez que un escalofrío de sospecha se apoderaba de su cuerpo.

—Todos adentro —ordenó Layla sin alzar la voz y sin dejar de mirar a la muchacha que tenía delante—. La clase se ha terminado. Y tú —en ese momento encaró a Ruth— ve a la biblioteca y espérame allí.

—Pero...

—¡No admito discusión! —zanjó Layla sin brusquedad, pero en un tono lo bastante autoritario como para que a Ruth no se le ocurriese replicar—. Obedece, aprendiza —le indicó acto seguido, recuperando el tono formal.

Al escuchar aquello, la joven asintió, temerosa, mientras agachaba sumisamente la cabeza y se daba la vuelta para entrar de nuevo en el edificio. Cuando todos se hubieron marchado, Layla fue la última en encaminarse hacia la trampilla, no sin antes dirigir una mirada al horizonte del sur, donde Madrid se recortaba bajo la fría neblina de la tarde. Las dudas habían anidado en su corazón tanto como la contaminación en el cielo de la capital y a la bruja se le antojaba igual de imposible desterrar tanto la una como las otras. No lo creía posible y, sin embargo, ahí estaba la prueba.

La bruja cerró los ojos y trató de hacer memoria. Cierto que no era la primera vez que Ruth hacía algo fuera de lo normal. Pero en este caso había sido tan repentino, tan fuerte...

Sacudiendo la cabeza para tratar de sacarse la imagen de una mujer rubia con ojos grises enturbiados por una tormenta

interior, Layla Morales se adentró de nuevo en el cálido pasillo del segundo piso de la mansión y sus pasos la encaminaron sin pensarlo a la planta baja.

Había alguien con quien tenía que hablar.

El chico abrió los ojos despacio, perezosamente. El calor de las mantas y la suave claridad que entraba por entre las cortinas habían conseguido sumirlo en un sueño tranquilo por primera vez en mucho tiempo; pero no era el momento. Desorientado, se incorporó y miró el reloj de la mesilla, saliendo de la cama de un salto en cuanto vio la hora que era.

—Las siete de la tarde... —musitó, alarmado—. Las clases...

A toda prisa, se calzó y salió disparado de la habitación, casi tropezando con quien pasaba en ese instante por allí. A tiempo se detuvo para no arrollar a la joven pelirroja y alta que, sobresaltada, se apartó de un salto y se pegó a la pared contraria.

—¡Víctor! —gritó, llevándose una mano al pecho—. Pero, ¿se puede saber qué diantre te pasa?

El joven alzó la cabeza por fin y la encaró. Como siempre, la respiración se le cortó de inmediato. Y es que era tan guapa...

—I... Irene —farfulló—. Yo... yo... Lo siento mucho, no iba mirando...

El semblante de la muchacha se relajó y se acercó a él.

—¿Qué te ha pasado? Pareces muy alterado, primo. El chico intentó evitar su mirada para responder.

—Me he quedado dormido...

Su risa franca solo hizo que enrojeciese más, pero Irene no quería burlarse de él. Tan sólo le hacía gracia aquel muchachito. Y eso que apenas se llevaban un año. Mientras que ella, a pesar de haber nacido prematura —o al menos eso le habían contado sus padres— se había desarrollado de manera increíble, Víctor aún era un jovencito esmirriado al que tardaba en llegarle el estirón. Pero quizá por eso y por el parentesco, Irene le tenía cierto cariño.

—No te rías —se defendió acto seguido, algo molesto—. Llevo varios días sin dormir bien y, bueno, quería echarme una pequeña siesta para seguir estudiando y después ir a clase, pero...

Irene hizo un gesto vago con la mano para dar a entender que lo había captado mientras ponía los ojos en blanco.

—Sí, ya sé por dónde vas... Deberías descansar un poco, eso te lo reconozco. ¡No paras de estudiar un segundo! —se escandalizó sinceramente.

A lo que Víctor respondió con una sonrisa sarcástica.

—Yo que tú invertiría más horas en estudiar, Irene... No creo que la tía Cora te pase otra como la de este verano...

Irene frunció el ceño y torció el gesto ante la mención de su madre.

—No me des la paliza, Víctor, por favor —gruñó antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo—. ¡Bastante tendré con aguantarlos esta noche! —gritó antes de desaparecer por una esquina.

Su primo se quedó de nuevo solo en el pasillo, sintiendo cómo la luz natural desaparecía de manera progresiva y daba paso a una penumbra aliviada por el encendido espontáneo de las lámparas de aceite que poblaban las paredes. Con un suspiro, cogió el

macuto, cerró la puerta tras de sí y se encaminó hacia la salida del edificio.

Los dormitorios de los alumnos se encontraban rodeando la mansión principal, una imponente estructura que albergaba las zonas comunes, la biblioteca y los dormitorios de los Consejeros, sus profesores. Y a pesar de que apenas veinte metros separaban su “barracón”, como algunos de sus compañeros lo llamaban, de la puerta de aquella, el golpe de frío que lo recibió nada más traspasar el umbral del mismo y la capa de casi medio metro de nieve en la que se metió casi sin darse cuenta, solo consiguieron acicatear sus pasos y empeorar su humor, todo en uno.

Cuando por fin consiguió entrar en el enorme recibidor, se sacudió las botas discretamente en el felpudo y avanzó hacia las escaleras. Según contaban sus maestros y en especial Rebeca Fuensanta, la Hija de Satumo responsable de impartir las clases de Historia, la mansión en la que ella y sus compañeros se habían educado era aún más grande que aquella. Durante quince años habían intentado ampliarla y mejorarla para que se asemejase a la antigua Escuela de Madrid, pero a la mujer se le llenaban los ojos de lágrimas al llegar a aquel punto y Víctor nunca había llegado a saber a ciencia cierta si al final habían logrado su objetivo o no.

Aún sumido en sus pensamientos, se encaminó como un autómatas hacia la biblioteca; conocía el camino con los ojos cerrados. Pero, al llegar, se sorprendió al comprobar que no estaba vacía.

Su hermana Ruth, sentada sobre la esquina de una de las enormes mesas de roble, alzó la cabeza al oírlo entrar y su mirada se iluminó. Sin embargo, la sonrisa murió en sus labios cuando observó que Víctor la miraba de forma muy crítica.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber él. Ruth torció el morro.

—¿Qué pasa, enano? ¿Es que eres el dueño de este lugar?

—lo provocó con sorna—. La biblioteca es de todos...

—Deja de hacerte la remilgada —contraatacó él sin malicia, aunque con cierto enfado—. La biblioteca será de todos, pero sirve sobre todo para estudiar, algo que no veo que estés haciendo justo ahora...

Ruth abrió la boca, incrédula por la actitud belicosa de su hermano menor. Pero no le dio tiempo a responder porque, en ese instante, la puerta se volvió a abrir.

Dando paso esta vez a Layla Morales.

NO COPIAR